

Índice

Noviembre, 1982	5
Marzo, 1983	29
Septiembre, 1987.....	53
Noviembre, 1993	75
Febrero, 1994.....	109
Julio, 1996.....	143
Agosto 1996.....	169
Octubre, 2017	189
Epílogo.....	351
Agradecimientos	367

Noviembre, 1982

Era el mejor momento del día, sin duda, el anochecer, cuando mamá se acercaba hasta su dormitorio para darles las buenas noches. No la veían en todo el día, mamá era una mujer muy ocupada, así que aquellos minutos eran muy especiales para los gemelos. Igor y Mónica se cepillaban los dientes y rezaban sus oraciones a toda prisa para meterse raudos entre las sábanas y esperar ahí la dulce visita.

—Apaga la luz —ordenaba la pequeña a su hermano—. Ya sabes que a mamá le gusta la oscuridad.

Amalia llegaba sin hacer ruido, con andares pausados y movimientos gatunos. Mónica distinguía embelesada su delgada figura, las facciones angulosas de su rostro y los elegantes vestidos que utilizaba. «Mamá, un día seré tan guapa como tú», le decía.

—Bien, niños, ¿qué cuento queréis que os explique esta noche?

El suave aroma de su perfume impregnaba las sombras de manera que, cuando cerraban los ojos, los hermanos creían estar sobre campos de lavanda.

La mujer ocupó la silla entre las camas. Fuera llovía a mares.

—El del escorpión y la rana —pidió Mónica con entusiasmo.

—No, ese no —refunfuñó Igor—. No me gusta.

—Lo que pasa es que te da miedo —recriminó su hermana.

—Eso no es cierto.

—¡Igor tiene miedo! ¡Igor tiene miedo!

—¡Calla! ¡Mamá, dile que no es verdad!

—Esta noche un escorpión subirá a tu cama y te picará los pies —se burló la cría.

—Niños, basta de tonterías. A ver Igor, ¿cuál quieres escuchar tú?

—*Pulgarcito*.

—¡Bah, ese es un rollo! —se quejó su hermana—. ¡El del guardián de los cantares!

Amalia enarcó las cejas.

—Interesante elección —admitió—. No se hable más. *El guardián de los cantares*.

Igor dio media vuelta en su cama hasta ofrecer la espalda a su madre. La mujer rió.

—No seas tonto —dijo mientras le alborotaba el cabello—. Mañana elegirás tú.

La farola de la calle proyectaba en la pared la sombra del árbol cuyas ramas, hostigadas por la tormenta, dibujaban danzas demoníacas.

—Érase una vez, hace muchos, muchísimos años, que vivía un sabio muy bueno y piadoso. Se llamaba Mardoqueo y se dedicaba a orar y a ayudar a la gente. Llevaba una existencia muy modesta, regalaba su comida a los más pobres y acudía al hospital a cuidar a aquellos enfermos a los que nadie se atrevía a acercarse. Tocaba la flauta en la calle para conseguir unas monedas y sus únicas guías eran su fe y su amor a los demás. Una noche, mientras oraba, se le presentó su Dios.

—¿Su Dios era el mismo que el nuestro?

—No, Mónica.

—¿Cuál era su Dios?

—Uno antiguo.

—¿Y dónde está ahora?

—Mónica, si me vuelves a interrumpir dejo el cuento a medias y me voy —sentenció Amalia. Esperó unos instantes en un silencio desafiante roto solo por el ruido del viento contra las ventanas y los truenos lejanos—. Bien. Pazuzu, pues ese era el nombre del dios, le dijo a Mardoqueo que como era tan piadoso, le iba a conceder un gran don: le enseñaría una canción a cuya llamada él siempre acudiría y lo nombró el Guardián de los Cantares. Mardoqueo agradeció tal honor, tomó su flauta y empezó a estudiar la melodía que le dictaba el dios, que era muy compleja y poderosa. Pasados seis meses el monje estuvo preparado, así que Pazuzu se marchó no sin antes advertirle de que había unas normas que debía cumplir a rajatabla. La melodía era secreta, no la podía transcribir en ningún papiro ni tabla de arcilla y tampoco enseñarla a nadie ni tocarla en público. Además, debía de llevar una vida casta dedicada a la oración y al cuidado de los demás. Si quebrantaba alguna de esas normas, Pazuzu regresaría y su ira se haría sentir por generaciones.

”Mardoqueo siguió con su vida sencilla llena de nobles acciones. Cuando era sabedor de una desgracia importante, como una gran sequía, una hambruna terrible o que un ejército enemigo se apostaba a las puertas de la ciudad, interpretaba la misteriosa canción y, como por arte de magia, empezaba a llover en abundancia, los almacenes municipales aparecían repletos de grano o un mal desconocido diezmaba las tropas hostiles. El monje acudía entonces al templo y colmaba el altar del dios de ofrendas.

”El sabio llegó al final de sus días y recibió la visita de Pazuzu. «Tu tiempo se extingue, fiel amigo —le dijo—, has sido un servidor leal y te has ganado la vida eterna en el paraíso, pero antes debes llevar a cabo un último cometido. Tienes que buscar un sucesor digno de mí para pasarle el testigo de tu responsabilidad». De entre sus discípulos, Mardoqueo escogió al más honrado y noble y le enseñó la canción. Y así ocurrió de manera que la melodía viajó de guardián en guardián por siglos durante más de mil años y Pazuzu se convirtió en el benefactor de aquellas tierras.

"Nabú, un joven del Alto Egipto de gran corazón y coraje, fue elegido por su maestro como el nuevo Guardián de los Cantares. Pero Nabú era, además, muy osado y se atrevió a romper una de las normas sagradas: se enamoró de Maat, la hija de un comerciante de telas. Desarmado por su belleza, desveló su secreto a su amada que, llena de curiosidad, le instigó a que interpretara la canción secreta para ella. ¿Quién se iba a enterar? Al escucharla, sus oídos y sus ojos empezaron a sangrar y la joven perdió la cordura. Pero eso no fue todo, de la noche a la mañana, la peste asoló Tebas, la gente moría sin remedio, las calles estaban sembradas de cadáveres y hasta las ratas huían de la ciudad. Nabú conocedor de que había desatado la ira del dios, suplicó por su vida, pero la cólera de Pazuzu era infinita. Convirtió las aguas del Nilo en sangre que transformó las fértiles riberas del río en un cenagal pestilente y yermo por generaciones, provocando una de las mayores hambrunas de la historia faraónica. A Nabú le condenó a ser testigo de la terrible desgracia que su traición había causado a su pueblo. El joven huyó a lo más profundo del desierto donde pasó el resto de su mísera existencia en la agonía más terrible. Y así fue como la deslealtad y la debilidad humana destrozaron la confianza del dios y la canción prohibida y todos sus dones se perdieron para siempre.

El silencio se apoderó del dormitorio.

—¿Dónde está Pazuzu, ahora? —se atrevió a preguntar Mónica.

—Durmiendo en su caverna, a la espera de que alguien toque la melodía otra vez.

—¿Y quién sabe ahora la canción?

—¿Podemos rezar por Pazuzu en nuestras oraciones? —intervino Igor—. Me da pena.

Amalia sonrió.

—Eso estaría muy bien. Y ahora, a dormir, que es muy tarde.

Arropó a los niños y les dio un beso en la frente.

—Mamá, ¿puedes dejar la luz del pasillo encendida?
—preguntó Igor.

—Cariño, ya hemos hablado de eso. Es bueno que te acostumbres a la oscuridad.

—Solo por esta noche, mamá, por favor, por favor.

Un trueno retumbó en la calle.

—Igor, tu hermana está aquí a tu lado. Cierra los ojos y piensa en cosas bonitas, verás como te duermes enseguida.

Amalia desapareció con el mismo sigilo con el que había llegado.

Un rayo estalló en el exterior y llenó los ojos de los niños de un fulgor plateado y efímero que transformó las sillas, los peluches y la lámpara en monstruos amenazantes. Igor cubrió su cabeza con la sábana, su respiración era agitada. El trueno llegó escasos segundos después. Los cristales de la ventana retumbaron.

—Mónica... Mónica. —El ruido de la tormenta arreció—. ¿Puedo dormir contigo?

Otro rayo cayó en las inmediaciones. Las rachas de viento empujaban las gotas de lluvia contra las ventanas, las ramas del árbol se zarandeaban sin control.

—Por favor —suplicó el niño, lloroso.

—Está bien —aceptó ella. Esperó unos segundos—. ¿No vienes?

—¿Y si... Y si hay un escorpión en el suelo?

Un tercer trueno estalló sobre la ciudad. Mónica saltó de la cama y corrió hasta la de su hermano. En el momento que trepaba al colchón un nuevo rayo descargó en las cercanías seguido de un trueno ensordecedor. Los niños se cubrieron la cabeza con la sábana y se abrazaron, muertos de miedo.

Día 1

Omar permaneció con los ojos cerrados unos segundos, respiró con profundidad. De rodillas, las manos sobre los muslos, las palmas hacia arriba. Permaneció inmóvil en un intento de alargar la sensación de paz que le sobrevinía tras la *Isha*. El traqueteo del ferrocarril en la distancia vino a perturbar aquel instante perfecto. Miró la hora en el despertador, era el último cercanías de la jornada en dirección a Barcelona. Durante el día apenas percibía el paso de los trenes, los quehaceres en el viñedo y el tráfico de la carretera de las Costas distraían el ruido de los convoys. Al caer la noche la realidad se transformaba, la luz se desvanecía y la circulación en la C-31 menguaba para ceder protagonismo a los sonidos de la vida, el viento entre las hojas, el ladrido de los perros, el croar de las ranas en una alberca lejana. La brisa primaveral entraba desde el mar y esparcía los chasquidos metálicos de los vagones por la ladera donde se levantaba la masía. La máquina lanzó un potente silbido que recorrió la costa antes de adentrarse en los túneles que atravesaban el Garraf. Omar pensó que todo estaba en movimiento, como aquel tren, como las ramas de los árboles, como las olas en la playa, nada era inmutable y no debía confiarse.

Tres golpes a la puerta le arrancaron de sus pensamientos.

—Omar, ¿estás despierto? —preguntó una voz. La entonación denotaba nerviosismo.

El jornalero abrió.

—Siento molestarte —se excusó el viejo al otro lado—. Quería pedirte un favor.

Anglada tenía el cabello sucio y despeinado y olía a alcohol. Omar hizo un torpe gesto con la mano que suponía una invitación a entrar en su cabaña. El patrón no se movió.

—Necesito que me guardes esto. —Le tendió una bolsa de plástico. El jornalero miró el paquete—. Es solo un cuaderno. Papeles viejos.

El subsahariano tomó la bolsa con precaución.

—Bien —dijo.

—Escóndelo en algún sitio. Donde quieras, pero que no esté a la vista.

—¿El pozo ciego?

—¡No, hombre! No hace falta. En tu cuarto. Bajo la cama o detrás de la nevera, algo así.

—¿Mi cuarto? —preguntó Omar sin acabar de comprender.

Anglada echó un vistazo rápido a la caseta por encima de su hombro.

—En el lavabo o dentro de una olla. Dónde creas que va a estar seguro, pero que no se estropee.

—Bien.

—El cuaderno, me refiero. Será solo por un par de días, ¿de acuerdo? Pasado mañana volveré a buscarlo.

Omar asintió. Su jefe hizo el amago de irse.

—¿Todo bien? —preguntó en el último momento.

—Todo bien —repitió Omar.

El patrón le propinó un golpe en el hombro en un gesto de camaradería.

—Eres un buen tipo. Buenas noches.

Eructó. Sacó una linterna del bolsillo de su *barbour* y con pasos vacilantes tomó el sendero que bordeaba los viñedos de regreso al edificio principal de la masía.

Omar enrolló la alfombrilla de los rezos y la guardó bajo el somier. Aquel cuartucho apenas contenía una cama, un armario de madera sin tratar, un tablero bajo la ventana y una nevera vieja que le regalaron los Anglada sobre la que descansaban piezas de menaje y un hornillo. De la pared colgaban dos estantes, uno hacía las veces de despensa, el otro lo dedicaba a objetos personales: un corán, un rosario, un libro de gramática española junto a un par de cuadernos, un ejemplar de *La sombra del viento* que le había recomendado la bibliotecaria y una foto vieja en la que Mamadou, sonriente, le pasaba el brazo por encima de

los hombros en un marco con motivos marinos que había comprado en una tienda de *souvenirs* de la calle Parellades. Una puerta junto al refrigerador daba a un minúsculo aseo. Aquello era todo.

Cuando Martí Anglada le ofreció trabajo, Omar aceptó, pero prefirió instalarse en aquella cabaña apartada antes que ocupar una habitación en la casa grande.

—¿Estás seguro, muchacho? Eso no es más que un cuchitril para guardar trastos viejos.

Durante semanas invirtió su tiempo libre en vaciar el cubículo de armatostes inútiles y adecentarlo. Lo encaló, arregló las goteras y lo fue llenando de sus escasas pertenencias. Ahora se esforzaba por mantenerlo limpio y recogido. Todavía olía a humedad, pero aún así era un palacio comparado con las pocilgas en las que había tenido que subsistir. Se sentía muy afortunado de que los Anglada le hubieran dado aquella oportunidad.

Miró la bolsa entre sus manos. Extrajo el contenido. Se trataba de un cuaderno muy gastado con la cubierta de piel y las hojas amarillentas y quebradizas llenas de sucios garabatos que desprendía olor a viejo. Lo dejó sobre la cama. Encendió el hornillo y colocó encima un cazo con agua. Sacó un sobre de sopa instantánea de la repisa. De la nevera extrajo una fiambarrera con unas pechugas en salsa que le había dado la señora Anglada y un par de huevos frescos. Cuando el agua rompió a hervir vertió la sopa, un trozo de pollo desmenuzado, los huevos batidos y un puñado de arroz. Diez minutos más tarde el cuarto estaba inundado por el aroma del guiso improvisado. Desplegó la silla junto al tablero bajo la ventana, sacó un brick de zumo de naranja y tomó una rebanada de pan de pita.

—*Bismi Allah* —dijo.

Y se dispuso a cenar.

El agente Quintana estaba convencido de que iba a morir. «De esta no salgo», pensó. Se santiguó y se aferró al asidero

anclado sobre la puerta del vehículo. La sangre recorría su torrente sanguíneo con tal fuerza que la sentía golpeando sus sienas. Los pinos que bordeaban la carretera pasaban a toda velocidad iluminados por los faros del auto. El Sheriff conducía el coche patrulla con agresividad temeraria.

—¡Pide refuerzos, hostias! —gritó—. ¡Refuerzos!

El agente descolgó el micrófono de la radio.

—Atención central, aquí 5782. Que ya estamos de camino —dijo con ese acento latino suyo que dulcificaba cualquier mensaje—. Repito, 5782. Estamos de camino. Esto... No se me demoren, hagan el favor.

—¡¿Pero qué coño de aviso es ese?! —bramó el Sheriff.

—¡La rotonda! ¡La rotonda! —exclamó Quintana, con la vista fija en la carretera.

El conductor redujo a una marcha más corta. El motor se quejó con un bramido ensordecedor y los neumáticos chirriaron al tomar la curva. El sargento Agustín Leal, ese era su auténtico nombre, pisó el acelerador de nuevo, el coche dibujó una trayectoria confusa que le llevó a encaminarse con gran peligro hacia el arcén. Quintana se sujetó al salpicadero con ambas manos, esperando lo peor. El Sheriff enderezó la trayectoria en el último segundo cuando la rueda delantera derecha del coche patrulla se asomaba ya al socavón. Un brusco frenazo y otro golpe de volante encaminaron al Seat Altea a la C-246a de nuevo. El agente Quintana se golpeó la cabeza contra la ventanilla con el zarandeo. Su compañero soltó una risotada cargada de efluvios de anís.

—¡Cabrones, os voy a dar bien por culo a todos! —gritó entusiasmado a la vez que aporreaba el volante.

Aminoró la marcha al adentrarse en el polígono industrial. Tomó una amplia avenida con viejas naves industriales a ambos lados indistinguibles unas de otras a la mortecina luz de las farolas. No se apreciaba un alma.

—Joder, todos estos putos edificios son iguales. ¿Qué almacén es?

—La tercera calle a mano derecha —informó Quintana, consultando el GPS del ordenador en la guantera—. Al fondo de la calle.

El Sheriff dobló la esquina con cautela. Apagó los faros, aminoró la velocidad y quitó la marcha dejando que el coche avanzara por la fuerza de la gravedad.

—¿De qué es la empresa?

—De tornillos... De tornillos y material de construcción —improvisó el agente.

El conductor carraspeó.

—¿Tornillos? ¿Qué coño hay en un almacén de tornillos?

—Yo que sé, mi sargento. La recaudación...

—¡Y una mierda! Mejor esperamos a los refuerzos.

—No, no. Entremos. Seguro que es una falsa alarma —insistió el agente.

—¡Joder! —exclamó el Sheriff. —¿Hay alguna salida?

Quintana cotejó el mapa en el ordenador.

—La parte trasera da a un barranco. —Miró al exterior unos instantes—. ¡Echemos un vistazo! Ya que estamos aquí, quiero decir.

El Sheriff detuvo el vehículo a escasos metros de la nave en la que había saltado la alarma. Una triste bombilla desnuda iluminaba la entrada principal, bloqueada por una persiana metálica. La puerta lateral estaba abierta de par en par, como un reclamo.

—¿De qué cojones va esto? —preguntó el Sheriff.

Quintana saltó del coche.

—¡Diyer! ¡¿Diyer, qué haces?! —exclamó el sargento con voz amortiguada.

Salió tras su compañero. Quintana sorteó el parterre de plantas secas y caminó con decisión hacia la puerta abierta. En el interior reinaba la oscuridad total.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —musitó.

Contrariado, desenfundó la P99 y la sujetó con ambas manos, presto a actuar.

© del texto: Ignacio Zubizarreta Córdoba, 2024
© de esta edición: Milenio Publicaciones, S. L., 2024
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-19884-66-4

DL: L 419-2024

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.